el hombre no es mas que un objeto de espanto, de disgusto y compasion, la Iglesia católica, desplegando la pompa de sus ceremonias y toda la riqueza de sus gracias, revela á nuestros ojos la dignidad de la naturaleza humana."

En esta tierra en que nos es dado vivir algunos años, hay dias en que el sol fuerte de luz, deja cubrir su esplendor; las nubes amenazadoras se agrupan preñadas de rayos; un silencio de inquietud y espectativa domina á la naturaleza. Reina el espanto en todas las cosas criadas, cuando se opera un cambio repentino en el cielo; se temia la tempestad, y todo se disipa suavemente y sin esfuerzos; no queda mas que el recuerdo de un dia poco sombrío, un ligero soplo bastó para traer la calma y la tranquilidad.

Así sucede en la vida del hombre Se levantan dias borrascosos, pierde el porvenir su inmensidad, y solo se presenta como un reducido campo. Nos grita una voz que nuestras horas están contadas y limitados nuestros dias; que es tiempo de disponer todo para los últimos instantes, porque se acerca la noche en que nada se podrá hacer. Entonces nos abre la religion su corazon, se derraman sus bendiciones con abundancia, calma los pavores que brotan, dispone al alma para todos los sacrificios, y despues, cuando la oracion se eleva humilde y ardiente acompañada por la gracia del último sacramento, se levanta el soplo del Señor, que disipa las nubes, y se hace oir esta voz suave como un rayo luminoso despues de la tempestad: *Aquí estoy, hijo mio, pues que me has llamado.*

Cuando ha llegado el último trance de la vida, cuando se aumentan las angustias de hora en hora, á manera de las aguas que suben y se desbordan anunciando que los lazos de la vida van á ser rotos; la religion, que ha fortificado al moribundo, se acerca á él mas y mas como una madre que vela sobre su hijo. Compañera asidua y fiel de toda su vida, no lo dejará, sino despues de haberlo entregado en los brazos de su padre.

Ella ha tenido, como acabo de decir, himnos y oraciones para sus dias de alegría; pues tambien los tiene para sus dias de tristeza, y para su último suspiro. En los dias de alegría daba al hombre consejos maternales. Entonces el mundo estaba embriagado de placer; el porvenir lleno de calma y esperanza, seguro y largo el tiempo de la vida. ¡Ah! ¡cuántas ilusiones arrullan el corazon del hombre! Ella podia, pues, temer que las seducciones arrastrasen al hijo de su amor, pero hoy sus acentos son lastimeros; ella implora, conjura con lágrimas y gemidos; despues se anima su confianza; recuerda las misericordias de su Dios, y su mirada descubre la claridad de las regiones eternas. Su lenguaje es sublime sin dejar de ser suplicatorio; tal parece que se escucha un canto de triunfo despues de un combate dudoso y prolongado. Jamas se ha escrito en idioma alguno, cosa mas tierna, mas poética ni mas sublime.

¡Oh vosotros, jóvenes ó viejos, ricos ó pobres, felices ó desgraciados, que leais las páginas que escribo en mis dias avanzados, mientras que un doble mortuorio resuena en la torre de la parroquia de una aldea (1), os suplico que vuestro espíritu no las recorra con ligereza, porque ha de llegar dia en que tendreis que luchar con la muerte! Correrán amargas lágrimas sobre vos, como en una ciudad tomada por asalto; pero las voces mas amigas serán impotentes para consolaros. Vuestra mirada se hundirá en el porvenir, y el porvenir no será para vos mas que el absoluto silencio de los sepulcros. La incertidumbre de vuestra eterna suerte... Muchos remordimientos quizá os asaltarán entonces, y entonces solo la religion podrá calmaros; solo Dios podrá apaciguar vuestros pesares, y daros la paz y el perdon. ¡Dichosos si nuestro corazon puede comprender su idioma, y nuestra alma responder á sus cantos de esperanza!

Recordemos el solemne, el lúgubre silencio de la cámara de un agonizante; acordémonos de aquella poca luz que allí se deja penetrar, como para acostumbrar al moribundo á la profunda noche del sepulcro. En esta ausencia de claridad y estrépito, no se oye mas que la respiracion jadeante del enfermo luchando con la muerte; ó alguna palabra que con dificultad se escapa de los helados lábios, y de un pecho que se llena y se oprime mas y mas.... de esa voz que va á callarse, y no hablará mas en la tierra, nada se quiere perder.... Así es, que todos los que rodean el lecho, están silenciosos y atentos, reprimiendo su dolor, ahogando los suspiros, y ocultando sus lágrimas.... ¡Ah! pocos habrá entre nosotros que no hayan orado y llorado en estas cámaras mortuorias, y que no recuerden lo que allí esperimentaron. Recordemos, pues, las emociones pasadas, recojámonos ante el cristiano agonizante, y escuchemos la voz de nuestra madre.

"Sal de este mundo, oh alma cristiana, dice el ministro de Jesucristo, en el nombre de Dios Padre omnipotente que te crió; sal en el nombre de Jesucristo Hijo de Dios vivo, que por tí padeció y murió por tu rescate; sal en el nombre del Espíritu Santo que se te ha infundido. Sal en el nombre de los ángeles y de los arcángeles, en nombre de los tronos y dominaciones, en nombre de los principados y las potestades, en nombre de los querubines y serafines, en nombre de los patriarcas y de los profetas, en nombre de los apóstoles y de los evangelistas, en nombre de los mártires y confesores, en nombre de los santos monges y ermitaños, en nombre de las vírgenes, de todos los santos y santas; sea hoy tu morada en la paz, y tu habitacion en la celestial Jerusalen."

¡Qué brillante, qué magnífica comitiva! y ¿para quién llama la Iglesia á todos los bienaventurados habitantes del cielo? Para el alma del último pobre cristiano ignorado de todos, lo mismo que para el monarca mas poderoso, obedecido de millones de hombres.

Antiguamente, un heraldo recordaba á los vencedores que eran mortales, y este anuncio se verificaba el dia de gloria junto al carro triunfal; la

(1) La iglesia de Chateaubriand-sur-Loire, Octubre 13 de 1850.



religion invita al vencedor de sus pasiones á marchar hácia á la inmortalidad. Al Capitolio de Roma era á donde se conducia al héroe victorioso de la patria; al seno de su padre en los brazos del Redentor, en el santuario lleno del amor del espíritu que le ha santificado, es donde la religion conduce á su hijo. El carro de los triunfos terrenales, erá rodeado y seguido de cautivos encadenados, comunmente condenados á muerte. El cristiano marcha radiante de gloria, en medio de todos los vencedores recibidos en la patria celestial; no hay alrededor de ellos un grito de maldicion, una lágrima de tristeza y amargura; los cantos que se oyen á su paso, son himnos de bendiciones.

He aquí las plabras con que sigue el sacerdote sus ausilios en nombre de la Iglesia.

"Parte, alma cristiana, parte: ¿quién en lo sucesivo podrá detenerte en este valle de lágrimas?... Mira allá arriba brillar la corona esplendente de los santos; contempla la inmensa gloria de los espíritus celestiales que han vencido á Satanás; la dicha sin mezcla de la nueva Jerusalen. El cielo entero se avanza á encontrarte; se avanza tambien á coronarte de gloria y honor. ¿Qué podrás temer alma rescatada con la sangre de Jesucristo? Parte, pues, parte como el preso sale de las tinieblas de su calabozo, testigos de sus lágrimas y suspiros; parte, como el navegante se escapa de las olas agitadas por la tempestad."

Pero la lucha no se ha terminado, y nadie en esta miserable tierra, sabe si es digno de amor ó de odio. Esa voz llena de confianza celestial, repentinamente se vuelve suplicante, Pide gracia á su Dios; atrae sobre el moribundo todas sus misericordias. Confiesa sus faltas, os pide perdon desde el fondo de su corazon.... Escuchadle: ¡Oh Padre lleno de clemencia. Renovad en él lo que el mundo, la fragilidad, la malicia del espíritu tentador, han podido corromper y manchar en su alma.

Aparece la confianza como si un nuevo rayo de inmortalidad se esparciese en esta morada.

Té encomiendo al Dios todopoderoso, hermano mio muy amado, y te entrego en manos del Dios que te ha criado, á fin de que despues de haber pagado con tu muerte la comun deuda de la humanidad, vuelvas á tu Criador que te ha formado del barro de la tierra. Venga el coro glorioso de los ángeles á recibir tu alma cuando salga de este cuerpo. El senado de los apóstoles que debe con Dios pesar todo el universo, te dé una acogida favorable. El ejército triunfante de mártires regocíjese á tu llegada; que te rodée la brillante turba de los confesores; y te reciba el coro de vírgenes con cánticos de gozo. Admitido en el seno de Abraham, abrácente y te feliciten todos los patriarcas; muéstrese lleno de dulzura y alegría Jesucristo, quien te coloque entre los que deben reinar eternamente con él. ¿Podrás ignorar, alma cristiana, todo lo que los tormentos tienen de horrible, las llamas de devorador, y los tormentos de espantoso? Reconózcanse vencidos Satanás y sus malvados ministros, cuando al veros rodeado de los espíritus gloriosos se cubran de espanto y se precipiten á las tinieblas insondables de la noche eterna. Levántese Dios, y sus enemigos serán disipados. Los que le aborrecen huyen de su presencia; desvanézcanse como el humo; así como la cera se disuelve en el fuego, así perecen los malvados en presencia del Eterno. Los justos por el contrario, viven en la alegría y en el júbilo ante el Dios tres veces Santo; confúndanse todas las legiones del infierno; hágalas ocultarse la vergüenza en sus moradas sombrías; ninguno de los ministros de Satanás se atreva á oponerse á vuestra entrada en la patria celestial. El Cristo clavado por su amor en la cruz os libre de todas las penas, y sobre todas de la muerte eterna. Este Cristo muerto por vuestra salvacion, este Hijo del Dios vivo, os ponga en posesion de aquella tierra siempre deliciosa, de aquel paraiso de felicidad, cuya paz nada puede turbar. El pastor infinitamente caritativo os reconozca como una de sus ovejas, derrame sobre vos su perdon, y os coloque á su derecha en la sociedad de sus elegidos. Ve á gozar, alma cristiana, cara á cara de tu Redentor; ve á contemplar incesantemente al Dios de verdad. Colocada entre los bienaventurados, gusta las dulzuras y el gozo de su contemplacion divina, por todos los siglos de los siglos."

Al trascribir estas oraciones solemnes y sublimes (que pido á Dios poder comprender cuando se me dirijan por el sacerdote de Jesucristo mi Redentor, por algunos de mis parientes) he tenido un pensamiento constante; en todos los renglones, en todas las palabras pronunciadas por el sacerdote á la cabecera del moribundo, me representaba á una madre, la mas tierna de las madres, en el momento de la partida de un hijo muy amado. Ella es entonces difusa en sus consejos, y sobre todo en las recomendaciones que hace á su hijo. Su amor de todo se alarma, implora, suplica y á todos invoca. Nada podia consolar á Raquel cuando sus hijos ya no ecsistian; nada puede tranquilizar á una madre, cuyo hijo va á alejarse y partir á países desconocidos y lejanos. En su inquieta solicitud, todo le parece escollo; y para desterrar de su alma los presentimientos que la hacen temblar, no son bastantes todos los santos y ángeles del cielo. Y como el último gemido del hombre debe ser un suspiro hácia las misericordias eternas, deben por lo mismo á las súplicas, suceder los cantos del triunfo que un gusto anticipado de los celestiales goces ha inspirado al sacerdote de Jesucristo; perfecta imágen de la vida en que la esperanza y la desolacion forman una alternativa diaria; en que la felicidad y el gozo se nos escapan para dejar en su lugar las angustias y las lágrimas. Ahora la oracion será mas poderosa. En nombre de todas las misericordias derramadas en abundancia sobre los siervos de los tiempos antiguos, en nombre de Jesucristo, criador y redentor de todos los hombres, se implora la salud de la pobre alma ante el Señor. Se conoce la solicitud de un corazon que ama con ternura, al leer esta larga enumeracion de los beneficios de Dios, para con los que lo han servido con fidelidad.

"Señor que librastes á Enoc y á Elías de la muerte comun á todos los hombres, libra al alma de tu siervo de la muerte eterna."

Así ora el sacerdote, y el cristiano moribundo contesta: "líbrame, Señor."

Continúa el sacerdote: "Señor, libra á su alma como libraste á Noé del diluvio."

"Libra á su alma como libraste á Abraham de la tierra de los caldeos."

"Libra á su alma como libraste á Job de sus sufrimientos."

. . . . . .

. . . . . .

"Sin embargo, el ángel de la paz desciende hácia el justo, toca con su cetro de oro sus ojos fatigados, y los cierra deliciosamente á la luz. . . y no se ha escuchado su último suspiro; muere y mucho tiempo despues que no ecsista, guardan silencio sus amigos alrededor de su lecho: porque creen que aun duerme, con tanta dulzura ha pasado este cristiano á la otra vida." (1)

Lo que acabo de tratar de describir, lo hemos visto todos á traves de nuestras lágrimas; todos hemos reconocido y sentido que nuestras pesares no pueden ser endulzados, nuestras lágrimas hechas menos amargas sino con el pensamiento de que el ser querido que acabamos de perder se ha salvado, y que la eternidad le va á ser feliz. Solo la religion puede hacer fácil el paso del mundo que conocemos al que no conocemos, y que se estiende al otro lado de esa tumba por donde todos debemos pasar.

Así es, que una gracia del cielo ha colocado en el alma del moribundo la dulzura y la resignacion, suavizando los dolores del cuerpo, con la sumision á la voluntad de Dios. Ella ha calmado tambien los pesares del que va á partir, despues de rotos los lazos de la familia.

¡Ah! sin duda entre las almas á quienes el sacerdote ha dicho: *Sal, alma cristiana, sal de este mundo en nombre de Dios Padre que te crió, en nombre de Jesucristo que sufrió y murió por tu rescate, en nombre del Espíritu Santo que se ha derramado en tí*. . . . Hay entre estas almas muchas que sin la bendicion del cielo, sin el beneficio del sacramento, contestarán al sacerdote que las ayuda á morir: Padre mio, me mandais salir de este mundo. . . . Pero yo no puedo; el mismo Dios me ha dado aquí fuertes lazos; tengo un esposo que me ama, tiernos hijos que educar en su amor y en el temor de ofenderle. Ved que soy jóven, y ¿qué será de ellos sin mí? ¡Ah! No me digais que parta tan pronto.

Otras veces dirá un anciano: he consagrado mi larga vida á la ciencia; para completar mi gloria necesito algunos años; alcanzad de Dios que me sean concedidos, y glorificaré su santo nombre revelando toda la grandeza de sus obras.

El pobre mostraria su miseria; representaria al hombre de Dios, que alcanzándole en un poco de tiempo, podria ganar pan para sus tiernos hijos que ya no tienen madre.

El rico diria: he ganado mucho oro; permítame Dios algunos años mas en la tierra, y daré copiosas limosnas á los indigentes, y construiré para ellos lugares de asilo.

En fin, cada uno encontraria razones para no querer morir. Se necesitaba, pues, algúna cosa de divino, para impedir el grito de la naturaleza humana á la vista de la muerte; nos lo ha dado Dios en la uncion del Santo Oleo; con su eficacia descienden de lo alto la dulzura, la paciencia, la resignacion, y penetran en el corazon del moribundo, que hace con sinceridad y arrepentimiento la confesion de sus pecados al sacerdote de Jesucristo.

Ha dicho San Pablo: "que hay justos que quisieran ser revestidos de la inmortalidad que se les promete, pero sin despojarse de la mortalidad que les rodea." No es menos cierto que la gracia supera en ellos ese horror de la muerte que les viene de la naturaleza, y que en este momento sea que recuerden lo pasado, dice San Bernardo, sea que consideren lo que pasa á su vista, sea que se vuelvan al lado del porvenir, encuentran en lo pasado, el fin de sus penas [*requies de labore,*] en todo lo que pasa á sus ojos una novedad que los llena de un santo regocijo (*gaudium de novitate.*) En el pensamiento del porvenir la seguridad de la eternidad los trasporta (*securitas de eternitate;*) de suerte que las mismas situaciones que forman la desesperacion del pecador moribundo, se hacen una fuente abundante de consuelo para el alma fiel.

Cuando se ha pasado la vida solo amándose á sí mismo, cuando se han dejado correr todos los dias sin ausiliar, sin socorrer á los que están condenados á comer un pan empapado en lágrimas, cuando se encierra uno en el estrecho círculo trazado por el egoismo, y de donde no se pueden escuchar las quejas ni los gemidos de la miseria, ciertamente se debe uno encontrar mal sobre el lecho de agonía cara á cara con la eternidad.

Pero cuando se ha vivido en la piedad y en la fé para morir en paz y en gracia, cuando la vida ha sido consagrada á la gloria de Dios y al bien del prójimo, entonces se presenta la última hora sin cosa alguna que asuste; la muerte viene al alma cristiana como una amiga, como una libertadora, y entonces se complace esta alma, en no haberla perdido jamas de vista, haberla referido todas sus penas, todas las privaciones, todas las violencias, todos los sucesos de su vida mortal.

En el lecho de la muerte el pensamiento mas consolador para una alma fiel (2), es el recuerdo de las violencias que se han hecho para agradar á Dios. Entonces comprende todo el mérito de la penitencia, y cuán insensatos son los hombres en disputar á Dios un instante de molestia, que debe ser recompensado con una felicidad sin fin y sin medida. Porque lo que la consuela, es que no ha sacrificado sino placeres de un instante, y de los cuales no le quedaria, mas que confusion y vergüenza, porque todo lo que hubiera sufrido por el mundo, seria perdido para ella en este último momento. En lugar de que todo lo que ha soportado por Dios, una lágrima, una privacion, una vana satisfaccion sacrificada, todo esto jamas será olvidado y durará tanto como el mismo Dios."

(1) Génio del Cristianismo.

(2) Massillon.



"Lo que la consuela es, que de todos los goces y voluptuosidades humanas, no queda mas en el lecho de la muerte al pecador que las ha saboreado que al justo que siempre se abstuvo de ellas. Para ambos han pasado los placeres; pero uno llevará eternamente el crímen de haberse entregado á ellos y el otro la gloria de haber sabido vencerlos."

"Cuando se ha llegado al puerto es muy dulce traer los recuerdos de la borrasca y de la tempestad. Cuando se ha obtenido el triunfo en una carrera, se goza volviendo atras sobre sus pasos, para ver los lugares señalados por los obstáculos y dificultades que los han hecho célebres. Me parece que el justo es entonces á manera de un Moises muriendo sobre la montaña santa, en que el Señor le habia señalado su sepulcro, *ascende in montem et morere*, el cual antes de espirar, volviendo la cabeza de lo alto de este lugar sagrado y echando una mirada sobre aquella estension de tierras, pueblos y reinos que acaba de recorrer y deja tras sí, encuentra los innumerables peligros de que ha escapado, los combates de tantas naciones vencidas, las fatigas del desierto, las emboscadas de Madian, las murmuraciones y calumnias de sus hermanos, las rocas destrozadas, las dificultades de los caminos superadas, los peligros del Egipto, las aguas del Mar Rojo abiertas, el hambre, la sed, el cansancio combatidos; así es que tocando el término de tantos trabajos, y saludando á lo lejos la patria prometida á sus hermanos, entona un cántico de accion de gracias, muere trasportado, tanto por el recuerdo de los peligros evitados. como por la vista del lugar del reposo que el Señor á lo lejos le muestra: mira á la Santa montaña donde va á espirar, como la recompensa de sus trabajos y el feliz término de su carrera; *requies de labore.*"

El cristiano que antes de dejar la tierra ha querido pasar revista entera de su vida, habrá encontrado tristes y dolorosos recuerdos; porque en un camino tan difícil, habrá tenido mas de una caida: en medio de los pecadores no habrá permanecido siempre puro, pero el arrepentimiento al pasar sobre sus faltas, las ha borrado; la misericordia lo ha levantado de sus caidas. . . . Y ahora que está tendido en el lecho de sufrimiento le dice el Señor: levántate, alma fiel: *vosotros los que habeis bebido toda la amargura de mi cáliz* (1), *olvidad al fin vuestras lágrimas y vuestras pasadas penas.* Hijas de Jerusalen (2), despojaos de ese trage de duelo y de tristeza con que hasta aquí habeis estado cubiertas; poneos vuestros vestidos de gloria y magnificencia; romped al fin los lazos de vuestra cautividad, y salid del centro de Babilonia en que habeis sido esclavas, en que habeis gemido por tan largo tiempo.

(1) Isaias.
(2) Isaias.

Salid, salid, almas cristianas. . . . El cuerpo que vais á dejar á la manera de un vestido muy usado que se arrincona, este cuerpo que vais á abandonar á los gusanos y á la podredumbre del sepulcro, se levantará del polvo y os seguirá algun dia inmortal y glorioso á las moradas eternas. No perecerá un solo cabello de nuestra cabeza; pues quedará en nuestras cenizas una semilla de inmortalidad, hasta el dia de la revelacion, en que se reanimarán nuestros huesos áridos; y aparecerán mas brillantes que la luz del sol.

¿En qué religion, preguntamos ahora, podria hallar el hombre tanto socorro divino para vivir bien y bien morir, como en la religion católica, apostólica, romana? Jamas en ningun tiempo, jamas en ningun país se han inspirado á los habitantes del valle de lágrimas, oraciones mas bellas, mas consoladoras. ¿No brilla en cada versículo de estas exhortaciones, de estas invocaciones que se suceden á la cabecera del moribundo, todo lo que fortifica, todo lo que consuela, y todo lo que eleva al alma?

Cuando el corazon ya no late, cuando la sangre se ha detenido en las venas para no volver á tomar su curso; cuando el pecho ya no se eleva ni se abate por el soplo de la respiracion; cuando el ojo queda sin mirada y el oido no escucha sonido alguno; cuando todos los miembros están muertos y helados, es porque el alma ha partido para no volver á éste mundo. En la cámara mortuoria cerca del lecho en que yace un padre ó una madre, una esposa ó un esposo, una hermana ó un hermano, un pariente ó un amigo, los que se ven condenados al pesar y á las lágrimas, aun no se separan de allí. Permanecen en oracion, y el ruido de sus sollozos, es el único que se advierte alrededor del fúnebre lecho. En silencio, cierra una mano querida los ojos del difunto, y los parientes y amigos, empapan el hisopo de agua bendita para rociar al muerto, á fin de que los malos espíritus respeten los restos del cristiano, porque ha sido este cuerpo el templo de Dios. Los sacramentos del Bautismo, de la Confirmacion, de la Penitencia, de la Eucaristía, y de la Estrema–Uncion, lo han consagrado; y ahora que la materia se ha librado del espíritu, es preciso honrar todavía los restos.

Pero va á llegar el momento terrible, el momento en que los que sienten y mas lloran, los que cogian y besaban las frias manos del difunto, van á ser arrebatados de la cámara, porque el cadáver no se debe enfriar demasiado para que se junten las manos sobre el pecho, y lleve sus piés á la parte estrecha del ataud.

Cuando el cristiano viene al mundo, es lavado en la cámara de sus padres y revestido de lienzos para ser llevado á la iglesia; y ahora que la muerte lo ha cogido y lo espera el sepulcro, se le lava y envuelve en un sudario, capa blanca de los muertos. ¡Ah! En las cosas mas santas y sagradas, se deslizan abusos é irreverencias, y muchas veces se encuentran las manos rapaces mezcladas con las de los *sepultureros.*

La religion, que conoce las cosas de la tierra como las del cielo, ha establecido entre sus cofradías, la de los hermanos *sepultureros y enterradores*, á fin de que fuesen desempeñados estos deberes hácia los difuntos con piedad y conveniencia. Así es que, hemos visto grandes señoras, salir de suntuosos hoteles, para ir á la guardilla del pobre, y de allí ir á sepultar la tierna muchacha muerta de trabajo y de miseria. Así es que la piadosa mujer que le habia dado el trage y velo de primera comunion, la revestia tambien del trage mortuorio. Otras veces los jóvenes caritativos de las conferencias de San Vicente de Paul, llevan á las familias desnudas de todo, lo que reclama la muerte; porque ella tambien tiene sus ecsigencias. Lo mismo que el lecho del difunto, el ataud tiene su miseria.

Hace algunos años hemos visto entre fervorosos cristianos, renacer una santa costumbre. Hablamos de los hijos que acuestan en el ataud á la madre que los meció en la cuna y al padre que guió sus primeros pasos en el mundo. La obra de caridad, viene á ser así una obra de piedad filial. Sean tres veces benditos los hijos que llenan este deber para con la madre. y que acuestan al padre en el lecho de la eternidad.

Todas estas cosas santas, se hacen en presencia de Dios; porque desde que el alma abandona al cuerpo del cristiano, viene la religion á velar sobre él, y la cruz colocada entre dos candeleros en que arden cirios, está presente al lecho fúnebre, para custodiar al difunto y hacer menos amargo el dolor de los que vienen á orar por él. Porque nada hay que consuele tan bien como la cruz. ¿No ha dicho el Dios que allí está clavado; *yo soy la resurreccion y la vida, y el que cree en mí vivirá eternamente?*

Cuando la muerte ha herido á uno de los nuestros, una de las primeras ocupaciones, en medio de nuestras lágrimas, es enviar á la parroquia por uno de los sacerdotes que vele y ore junto al cuerpo del difunto. Y á la verdad que la presencia del ministro de Jesucristo, y la cruz brillando entre los cirios, hacen menos lúgubre, menos funesta la cámara mortuoria, para todos los que vienen á orar. Ya se ha quemado allí alhucema y benjuí. El sacerdote, unas veces arrodillado y otras sentado junto al muerto, á la manera de una madre que vela á su hijo dormido, recita el oficio de difuntos.

Cuando se ha pasado del umbral de esta cámara, en que algunas horas antes se habian escuchado las quejas del sufrimiento, las entradas y salidas de los parientes y amigos que prodigaban con *la hermana de Nuestra Señora del Buen Socorro* y el médico, la asistencia al enfermo, se siente uno como en otro mundo. El profundo reposo que allí reina, el silencio que se guarda, la oracion que se eleva, todo consuela al alma, aliviándola de la opresion que sin cesar la agobia.

¡Ah! ¡cuán apacible es el sueño que sucede á las agitaciones y al tumulto de la vida! ¡Cuán digno de envidia es el justo que ha salvado el tremendo paso del tiempo á la eternidad! Al desatar la muerte los lazos que le unian á este mundo, ha dejado sobre sus facciones un reflejo de la bienaventuranza celestial. Sus manos unidas sobre el pecho, sus párpados cerrados, hacen creer que todavía está orando en un piadoso recogimiento. El Crucifijo que ha besado con fé, esperanza y amor, en su último momento, está recostado sobre su pecho que ya no agita ningun soplo.

El que ha envejecido, ha visto morir muchas veces; así es que yo he rociado muchas veces el agua bendita sobre lechos mortuorios, y he orado cerca de los muertos. Allí es donde se convence uno, que no solo los ancianos agobiados por la edad é inclinados hácia la tumba, descienden á ella. ¡Ah! ¡cuántas víctimas tiernas y puras caen bajo la hoz de la infatigable é implacable segadora! ¡Cuántas flores recogidas cada año, y cuán blancas y cándidas están aquellas tiernas vírgenes, cuyas almas protegidas por la Reina de los ángeles han salido de la region de las lágrimas á las de las eternas delicias!

Otras veces la persona por quien se ora, es una madre de familia.... Entonces los hijos que ella ha enseñado á amar á Dios, son los que rodean su lecho, y que á su vez velan su *sueño*.... ¡Ah! ¡Con qué respetuoso amor invocan á Dios por ella! Y cuando algunos se ven obligados á salir de la cámara para ir á llorar con los parientes y amigos que acaban de saber su muerte.... ¡Cómo se esfuerzan en elogiar la resignacion, el valor, la fé y piedad con que ella sobrellevó sus últimos sufrimientos! Hablar de aquellos que nos ha arrebatado la muerte, recordar sus virtudes, decir el bien que nos han hecho, pasar revista de su vida santa, es el mejor medio de endulzar las lágrimas que su salida de este mundo nos condena á derramar.

Para salir de la vida ¡cuántas puertas no se abren cada dia, cada hora, cada minuto! estas puertas son disímbolas entre sí.

Mirad á ese justo tendido sobre el lecho y que ha entregado el alma á Dios, contestando á las oraciones de la Estrema-Uncion; la bienaventuranza del cielo se retrata en sus facciones. Ha cumplido su peregrinacion en la tierra haciendo el bien, y ha estado siempre desviado de los ojos del mundo. Sus dias han corrido como el arroyo puro y limpio, que despues de haber fertilizado el país, va á perderse en el rio sin haber tenido un nombre. Aquel, como un torrente impetuoso que brama y devasta, ha llevado sus olas cenagosas hasta los abismos del océano; este otro llega á la muerte entre la honestidad y la gloria, y otro entre la vergüenza y la ignominia. La caridad humilde y activa, ha trillado este sendero; y el otro camino, el orgullo que ha pisado el polvo.... Sin embargo, todas estas diversas sendas, todos estos diferentes caminos, conducen al mismo lugar del reposo.... á la tumba.

Entre esta multitud de almas que nos abandonan por ir á un mundo mejor, hay una cuya partida ha sido al mismo tiempo digna de compasion y de envidia. Yo quisiera, pues sus últimos momentos fueron llenos de gracias celestiales, poder sin callar los nombres referir todos los pormenores de este admirable término cristiano.



La sociedad la amaba tanto, que era preciso que Angela la amase un poco. Ella habia recibido de herencia todas las dotes del corazon y del entendimiento, y todas estas ventajas no le habian concitado un solo enemigo, pues su graciosa bondad sabia ocultar lo que escita los celos. Ella pisaba siempre sobre terciopelo y todo le sonreía; sin embargo, vais á ver cómo llegó al último trance de la vida, al lugar de reposo de que antes hablamos. Unas veces se marcha lentamente por la senda de la vida; otras hay alguna cosa que nos impele, que nos hace ir veloces, sin saber lo que así precipita nuestra marcha; ahora es la mano de la desgracia, y en otros momentos será la gracia la que nos atraiga, y los ángeles los que nos llamen.

Así Angela, sobre quien la verdadera luz que viene del cielo no habia descendido, hubiera podido quedar sentada en las delicias del mundo y contentarse con las cosas de acá abajo; pero no, no lo quiso el Señor, y un santo obispo que no habia hecho mas que entreverlo y escucharlo, habia dicho: "He aquí una tierna oveja que no es de nuestro rebaño; mas pidamos al Señor que algun dia la conduzca á él." ¿Cómo se obraria esta conversion? Nadie lo sabia, era el secreto de Dios, y vais á ver cómo él tiene todos los corazones en sus manos poderosas.

Habia nacido Angela en la religion protestante. Los miembros de la familia católica que la habia adoptado, deseando consagrar sus talentos á la gloria de Dios, iban á cantar misas y *salves* á la iglesia vecina del castillo. Se juntaba Angela á sus primas é iba con ellas á mezclar su parte de talento en los homenajes tributados á un Dios que no adoraba....¡Pobre alma! ignoraba cuando venia á cantar á la fuente de todas las gracias, que iba á brotar una sobre ella, que le aseguraria la eterna felicidad.

Hay en las campiñas como en las grandes ciudades, miserias que socorrer. En el castillo que habitaba Angela, se organizó un concierto para ausiliar á los indigentes que sufren y perecen en la cabaña. Un artista cuya reputacion es europea, se esmeró, y los talentos que le acompañaron en esta bella empresa de beneficencia, aseguraron el écsito. Angela se habia distinguido. Aun resonaban los aplausos y felicitaciones....cuando una noche, dos dias despues del concierto, entra á su casa.... Antes de acostarse se acerca á la chimenea, su vestido de muselina blanca de varios olanes comienza á arder; sube la llama con rapidez.... y en algunos segundos la rodea por todas partes.... Estaba sola; se apodera de ella el espanto....Corre, llama....este movimiento atiza el fuego. Nadie ha escuchado sus gritos.... Abre entonces su puerta, y grita de nuevo: ¡Socorro! ¡Socorro!.... En estas idas y venidas, la llama siempre creciendo devoraba todo el vestido. Semejante á una antorcha ardiendo se dirigia Angela á otra cámara, y cae como una masa de fuego. Allí encuentra quien la socorra: las manos de su tia que tenia en lugar de madre, y las de su prima que ama como hermana, arrancan de encima de su cuerpo los restos abrasados de sus vestidos. Con el amor que tienen ellas á su hija y hermana adoptiva, han vencido los ardientes dolores que resiente, pues sus manos están horriblemente quemadas.

Al fin la desgraciada jóven, se coloca en un lecho, y hasta dos horas despues su marido y primo vuelven de un castillo vecino. No trataré de describir los profundos sufrimientos de la desgraciada víctima, cuyo cuerpo todo no era mas que una horrible llaga, ni la desesperacion de los dos individuos que acababan de llegar. Los médicos, habian venido antes que éstos, y se ocupaban en la curacion de las espantosas quemaduras. A primera vista habian dado su terrible fallo: habia cien probabilidades de muerte, y ni una sola de vida, tales habian sido los destrozos del fuego.

La víctima casi consumida, conservaba toda su dulzura y presencia de ánimo. Sus parientes y amigos al verla tan sufrida, le ponderan (pensando en la salud de esta bella alma) la sublime hermosura de nuestra religion y todos los divinos consuelos que de ella emanan.

Pero Angela que habia nacido protestante quiere morir en el culto de sus padres, y lo repite muchas veces. Desde entonces se teme inquietarle, y nadie se atreve á pintarle la dicha de abrazar la fé católica, la fé de todos los que ella ama y le rodean.

Con este temor humano ¿quién la arrancará del error? ¿Quién la pondrá en el verdadero camino del cielo? El mismo Dios.

Una vecina santa y piadosa, hija de un cristiano digno de los tiempos antiguos, y envejecido en el campo, despues de haber orado y comulgado, con toda la familia, hizo colocar una medalla bendita de la inmaculada Reina de las vírgenes á los piés del lecho de la enferma.

Al dia siguiente, despues de haber pasado algunas horas rogando á Dios en la capilla, se volvió á tratar la gran cuestion. Pero no era todavía el momento de la gracia. Un amigo dijo á la desgraciada jóven: Besa esta medalla, que ella te curará. La protestante replicó: mi religion me lo prohibe.

En el mismo dia preguntó ella dónde estaba su familia; y cuando se le dijo que todos estaban en la capilla con el cura rogando por ella, esclamó: ¡Ah! yo tambien quisiera orar; pero sufro demasiado. Decid solamente, DIOS MIO TENED PIEDAD DE MI, replicó el católico, y vereis que esto os aliviará.

Un poco despues ella dijo al que le habia dado el consejo: ya he ensayado vuestra corta oracion, y me ha probado bien.

—Si es así, se le dijo, quereis que recemos en voz alta junto á vuestro lecho?

—Si lo quiero.

Entonces los tres católicos se arrodillaron junto al lecho, y uno de ellos con una voz muy clara recitó el Padre nuestro &c. Despues de esta primera oracion observaron á la pobre agonizante, y descubrieron que su rostro estaba un poco menos contraido por el sufrimiento.